

riamente, se eliminaron los controles de precios (pero no los controles de salario) junto con otras medidas administrativas que regulaban ciertas actividades económicas. Se hizo obligatorio que las compañías y demás organizaciones públicas (tales como las universidades y los canales de televisión) fuesen autosuficientes.

Sin embargo, el cambio más radical fue eliminar el rol del gobierno como productor. En este aspecto, el empuje radical del equipo de Chicago fue el más intenso: solamente en 1975, CORFO transfirió a la empresa privada las acciones y los derechos de más de ciento diez firmas, y el 86% de las participaciones bancarias que poseía²⁴.

"Se estima que de las más de 400 empresas (en poder del Estado) licitadas o devueltas a sus antiguos propietarios hasta 1978, la venta de sólo 45, incluidos cuatro bancos, representó una transferencia patrimonial superior a los US\$ 730.000.000 en 1978, equivalente a dos tercios de la inversión geográfica bruta de ese año. También la reforma agraria es revertida. Hacia abril de 1979 se había devuelto a sus antiguos propietarios cerca del 30% de la superficie expropiada. Si bien otro 35% se asigna en propiedad individual a unos 35.000 campesinos, se estima que a fines de la década cerca de la mitad de éstos ha debido vender o arrendar sus parcelas al no contar con el imprescindible apoyo del Estado para transformarse en pequeños propietarios agrícolas.

En el sector financiero y bancario, de los diecinueve bancos con participación estatal mayoritaria en 1973, sólo quedaban cuatro en poder de CORFO en 1977 y apenas dos a principios de 1981."²⁵

La desnacionalización afectó a todas las actividades productivas, incluyendo los depósitos de minerales, las propiedades urbanas de las compañías de servicios públicos y finalmente, las compañías en las cuales la participación gubernamental había sido considerable (tales como la Compañía de Acero del Pacífico, CAP). Estas actividades serían administradas por el sector privado, el cual se convertiría en el principal y, finalmente —ésta era la meta— exclusivo agente productor. El resultado fue la concentración de compañías y de bancos en las manos de unos pocos "grupos económicos" que establecieron estrechas conexiones de colaboración con el gobierno, prove-

yendo y recibiendo personal, especialmente jóvenes economistas seguidores de de Castro y de Baraona, que en su mayoría eran antiguos estudiantes de la Universidad Católica con breves estadías en Chicago²⁶.

La CORFO redujo gradualmente su participación en la promoción de la actividad económica, en detrimento de las pequeñas y medianas compañías mineras, agrícolas e industriales. De este modo, el gobierno quedaba ahora confinado a tratar con la "extrema pobreza", el único sector al cual "el modelo" consideraba como una obligación del gobierno. Según las cifras oficiales, "los gastos sociales" aumentaron aproximadamente entre el 27% y más del 50% durante el período 1973-1979. Gracias a este ítem del presupuesto, el grupo más joven de los Chicago boys se volvió notorio e influyente. El que más se distinguía en ese grupo era Miguel Kast²⁷.

Desde la Gran Depresión, la industrialización sustitutiva había sido la base para el desarrollo del país. Pero la política del libre mercado y la eliminación de todas las restricciones que limitaban su operación, pusieron un fin efectivo a esta forma de desarrollo. La industrialización sustitutiva fue condenada como "forzada" y "artificial". La economía chilena debía concentrarse en aquellas actividades que ofrecían "ventajas comparativas" en el mercado mundial. Por lo tanto, se rechazó a la industrialización en favor de actividades tales como la minería, agricultura, forestal y pesquera²⁸. Los funcionarios gubernamentales declararon que dentro de la gama de actividades económicas que existen en el país, ninguna está vedada a la empresa privada; inversamente, se excluyó al gobierno de participar en casi todas las actividades productivas²⁹.

En el informe oficial de de Castro referido al estado de las finanzas públicas de enero de 1978, que fue llamado "El Nuevo Orden Económico", el ministro pudo declarar que "vir-

²⁶ Patrio Melier, *Los Chicago boys y el modelo económico chileno*, op. cit., p. 1.

²⁷ Este cálculo es rechazado por los economistas de la oposición, quienes sostienen que las cifras oficiales no permiten comparaciones estrictas con los niveles históricos previos, porque las estadísticas incluyen ítems de "gastos sociales" que no fueron considerados como tales por los gobiernos anteriores. Ver J. Marshall, *El gasto público en Chile 1969-1979*, Colección CIEPLAN N° 5. Santiago, julio de 1981.

²⁸ Ver Pilar Vergara, op. cit., p. 81.

²⁹ Sergio de Castro, en *Qué Pasa* del 1 al 7 de junio de 1978, pp. 19-20.

²⁴ Ernesto Tironi, op. cit., p. 20.

²⁵ Ernesto Tironi, *ibid.*, pp. 16-17.

tualmente ya han sido adoptadas todas las medidas económicas fundamentales al respecto"³⁰.

Las modernizaciones

Tras la ejecución de las medidas económicas recién descritas, el equipo económico orientó sus esfuerzos a expandir la lógica del mercado al conjunto de las relaciones sociales. Las llamadas "modernizaciones" significaron la privatización de los servicios sociales básicos, la salud, la educación y la previsión social; la confección de un Plan Laboral destinado a desarrollar "un sindicalismo libre" y el desbaratamiento de los "Colegios Profesionales", organismos que regulaban la práctica de las profesiones. Tal como ha anotado Pilar Vergara, las medidas apuntaban simultáneamente a reducir el poder del Estado y atomizar la sociedad civil. "Para ello combinan la privatización de las funciones sociales del Estado con la desarticulación de las organizaciones sociales, de modo de minimizar el poder de sindicatos, gremios y colegios profesionales."³¹

El Plan Laboral reconocía el derecho de huelga y radicaba la negociación colectiva en el ámbito interno de la empresa, restringiéndola sólo a los trabajadores del sector privado. Permitía la libre afiliación o desafilación de los sindicatos y la formación de más de uno por empresa. Prohibía al mismo tiempo las confederaciones por rama de actividad laboral y permitía el lock-out empresarial. Se suponía que el propio juego del mercado permitiría disminuir paulatinamente el problema de la cesantía y que la productividad de los trabajadores en la empresa entregaba a éstos un mejor argumento negociador que las presiones derivadas de su poder de organización. Por su parte, las pensiones de la seguridad social pasaron del tradicional sistema de reparto controlado por el Estado, a un sistema de ahorro individual, administrado por empresas privadas. Asimismo, la ley que estableció la libertad de afiliación a los Colegios Profesionales, intentó poner fin a las facultades re-

guladoras y controladoras que estas asociaciones cumplían respecto del ejercicio profesional de sus afiliados. Por último, la privatización de los servicios de salud y la municipalización de la educación persiguió acabar con lo que se consideraba el monopolio ineficiente que el Estado mantenía sobre estos servicios.

Todas estas medidas apuntaban, según su principal artífice, José Piñera, "a introducir márgenes de libertad personal desconocidos para el chileno; contribuir a la necesaria igualdad de oportunidades, dinamizar el desarrollo económico; valorar la voz de los expertos en las decisiones eminentemente técnicas que adoptan los gobiernos, en fin, transformar a Chile en un país moderno"³².

Los fundamentos ideológicos

Desde fines de 1975 en adelante, comenzaron a hacerse más explícitos los fundamentos ideológicos que sirvieron de respaldo a las medidas técnicas descritas anteriormente³³. Los economistas que dirigieron el proceso hablaron con toda franqueza respecto de los principios teóricos en los cuales creían. Comenzarían una ideología coherente que era evidente en su manera de hablar y en sus acciones. Gracias a la publicidad que hacían los medios de sus actividades y al discurso triunfalista que los circundaba, desde ese punto en adelante, los economistas se transformaron en los protagonistas del régimen. También se convirtieron en figuras míticas para un sector social dominante, que necesitaba desesperadamente de una ideología capaz de ayudarlo a superar el trauma de la administración anterior³⁴. La lealtad del grupo hacia Pinochet era total y su

³² *El Mercurio*, 12 de diciembre de 1979. Citado en P. Vergara, op. cit., p. 217.

³³ En marzo de 1975, *El Mercurio* aun no hablaba de una "revolución". Al listar los objetivos del "plan económico para la desinoxicación" mencionaba la necesidad de eliminar los puntos focales inflacionarios, readjudicar los recursos para mejorar su rentabilidad, promover nuevas iniciativas para la producción, emancipar a la sociedad chilena del paternalismo fiscal. Ver "La semana política" en *El Mercurio*, 23 de marzo de 1975.

³⁴ Tal como ha escrito J. J. Brunner: "El periodismo contribuyó con sus descripciones a monumentalizar a estos boys. Siempre los representó como el producto de una clase especial de hombres: levemente imponentes, con un currículo educativo de excepción, seguros de sus dichos, directos en la conversación, sencillos, pero extraordinariamente coherentes". *Entrevistas, discursos, identidades*, IFLACSO, Santiago, 1984.

³⁰ Sergio de Castro, *Exposición sobre el estado de la hacienda pública*, p. 381. Citado en E. Tironi, op. cit., p. 20.

³¹ Ver Pilar Vergara, op. cit., pág. 81.

influencia en el discurso del equipo militar gobernante era muy notoria. En consecuencia, comenzó a aparecer el bosquejo de "una alianza entre los militares y los economistas", que después fue celebrada por *El Mercurio*. Según ese periódico, los militares estaban a cargo de crear orden, seguridad y confianza, mientras que los economistas brindaban ideas nuevas capaces de levantar al país de su postración y de liberar las energías para emprender la marcha veloz del desarrollo³⁵.

La sección siguiente incluye un breve bosquejo de cuatro aspectos del discurso ideológico del grupo, preferentemente en sus propias palabras: la aceptación y la adhesión al autoritarismo político como condición necesaria; el uso de la ciencia para legitimar el poder adquirido y el intento de reducir la importancia de la política en la sociedad.

En primer lugar, los Chicago boys emprendieron un examen radical y crítico de la historia chilena durante la última mitad del siglo, reduciéndola al período de la Unidad Popular: según ellos, no valía la pena preservar —ni aun en parte— el crecimiento económico experimentado durante las últimas cuatro o cinco décadas. Su desaprobación se enfocaba principalmente a la economía: un análisis detallado de esa administración de tres años —dijo de Castro— nos lleva a concluir que las políticas económicas predominantes en esa época no habían sido modificadas en realidad, sino que más bien se habían aplicado meramente las políticas existentes en una forma más intensa. Esto condujo al pleno desarrollo de una crisis que se había estado incubando durante medio siglo³⁶. Ampliando esta crítica, *El Mercurio* consideraba que para convertir a Chile en un país moderno, era necesario romper con los hábitos políticos, formados durante un período de cuarenta años y apartarse de una economía paternalista, dirigista y levemente feudal, hacia una economía de mercado, abierta al intercambio con el extranjero y libre de una interferencia gubernamental innecesaria³⁷. De este modo, los ataques a las décadas previas finalmente se extendieron, sin circunloquios, al campo político. En 1978, Pablo Baraona llegó a la conclusión de que el

crecimiento ineficaz y corrupto era debido en definitiva a una dolencia que se escondía tras el gobierno y que era alimentada por el estatismo: a saber, la política. Las características más prominentes del período de cuarenta años anterior a 1973, dijo, fueron "la búsqueda del poder por el poder y la escalada de la demagogia desenfrenada"³⁸. Esto explicaba las ansias por nacionalizar y era la causa final del crecimiento del Estado, porque "quien lucha por la conquista del poder y tiene éxito, constituye una fuerza irresistible en pro de la estatización, en favor de ampliar y perfeccionar el poder de que dispone, en pro de tener un mayor número posible de empresas públicas, porque ello significa poder electoral, poder político, económico, o simplemente prestigio"³⁹. De este modo, en las propias palabras de Alvaro Bardón (la persona más explícita y menos sofisticada del grupo), Chile sólo había tenido "un remedo de democracia", un sistema "pervertido" pleno de "características antidemocráticas"; una democracia que "gracias a la centralización económica excesiva" se había convertido en "una fórmula"⁴⁰.

Además, la democracia chilena era indistinguible de una dictadura: "los antiguos parlamentarios estaban exentos de toda responsabilidad y en el hecho las mayorías de la Cámara ejercían una dictadura sin responder ante nadie de sus decisiones"⁴¹.

Por lo tanto, no debería sorprender el hecho de que Chile estuviese ahora bajo un régimen autoritario. Por el contrario, era una situación positiva y necesaria, en cualquier caso. El tratamiento de shock y la reducción del aparato estatal habían tenido efectos sociales devastadores en los sectores de la clase media y en sus expectativas de desarrollo; simultáneamente, había elevado a niveles sin precedentes el desempleo entre las clases populares⁴². Un costo social de esa magnitud no podría

³⁸ Pablo Bar: "Economía y nueva institucionalidad", presentación en la Universidad Católica de Chile, en la Dirección de Presupuesto (1978), p. 389.

³⁹ Ibid., misma página.

⁴⁰ Alvaro Bardón, "En Chile no hay todavía verdaderos demokratas". Revista *Qué Pasa*, Santiago, 31 de mayo al 6 de junio de 1979, p. 389.

⁴¹ "La semana política", *El Mercurio*, 18 de junio de 1976.

⁴² Durante estos años el desempleo aumentó hasta el 15,5% y alcanzó el 21% en 1982. Ver Nicolás Flaño y Raúl E. Sáenz: *El modelo económico neoliberal frente a la crisis: Chile 1981-1985*. Notas Técnicas CIEPLAN N° 93, Santiago, diciembre de 1986.

³⁵ "La semana política", *El Mercurio*, 21 de septiembre de 1980.

³⁶ Sergio de Castro, Dirección de Presupuesto (1978), p. 361. Citado por Pilar Vergara: op. cit., p. 79.

³⁷ "La semana política", *El Mercurio*, 23 de julio de 1978.

haberse encarado en democracia. Por lo tanto, el autoritarismo era un elemento vital para la "revolución" neoliberal. Así lo reconoció *El Mercurio*, al afirmar que la experiencia actual no hubiese sido factible de no haber existido condiciones excepcionales en la política y en el trabajo⁴³. En otro editorial sostenía que el régimen, en primer lugar, tiene la virtud de ser duradero; en segundo lugar, puede conferir a las autoridades una eficiencia negada a los sistemas democráticos deliberativos y en tercer lugar, puede poner en vigencia a un modelo concebido por los expertos, sin ceder ni atender —al menos durante un cierto período— a las reacciones sociales producidas por su implementación⁴⁴. Sin embargo, para los economistas neoliberales, el autoritarismo no era solamente una necesidad histórica inevitable. Por el contrario, lo consideraban abiertamente como un régimen ideal que garantizaba el funcionamiento neutral del mercado: "porque un gobierno autoritario es un gobierno fuerte en la defensa de normas iguales para todos" afirmó Baraona⁴⁵. Y de Castro fue aun más explícito al declarar que la efectiva libertad de la persona sólo se garantiza con un gobierno autoritario que ejerce el poder a través de normas iguales para todos⁴⁶.

De este modo, el principio que sostenía que la libertad personal y que el libre mercado eran sinónimos, se convirtió, junto con la doctrina anticomunista de la Seguridad Nacional de los militares, en el principal concepto ideológico del régimen. De allí se dedujo que sin libertad económica individual en el mercado, no podía haber libertad política. "El mercado es la manifestación económica de la libertad y de la impersonalidad en el mando", enfatizó Baraona⁴⁷. También era, según Bardón "un mecanismo técnico neutro, sin connotación ideológica"⁴⁸. Como tal, el mercado no solamente era el lugar principal para ejercer la libertad, sino también el "escenario" de la ciencia. Para los Chicago boys, el mercado combina los prin-

cipios normativos de la libertad, como así también la práctica neutral y objetiva de la ciencia económica.

La autoridad de la ciencia económica fue el argumento principal presentado por el grupo. Las alternativas no se elegían a través de sus propias decisiones ni dependían de la autoridad gubernamental. En lugar de ello, estaban determinadas por la propia ciencia, la que revelaba el comportamiento de la naturaleza: "No se puede construir la justicia social apartándose del mundo real", declaraba José Piñera a *The Economist*, en un discurso que parece marxista. "Las leyes de la ciencia económica meramente desentieran y revelan los aspectos objetivos de la realidad, una realidad que no se puede ignorar porque se sabe que actuar contra la naturaleza es contraproducente y autoengañoso"⁴⁹. Las personas que resisten y que critican las medidas adoptadas por un grupo que tiene el conocimiento científico necesario, lo hacen porque representan "intereses sectoriales y grupales", "juicios morales", "posiciones ideológicas" o mera ignorancia y son como las personas que en la Edad Media trataron de evitar el desarrollo científico por razones dogmáticas⁵⁰. El mero uso de la "ciencia económica" aumenta la libertad "porque si reconocemos a la economía como una ciencia", dice Bardón, "esto implica inmediatamente menos poder para el gobierno o para la estructura política porque dejan de ser responsables por adoptar estas decisiones y de este modo éstas quedan nuevamente en manos de cada individuo y de los técnicos"⁵¹. A través de su conocimiento científico, los economistas devolvieron a la sociedad la libertad inherente a la naturaleza: "Somos tan monetaristas que hemos llegado a una posición en la cual el Banco Central ya casi no controla el abastecimiento de moneda. Se controla solo", dijo Sergio de Castro a *The Economist*⁵².

En consecuencia, los economistas de Chicago habían descubierto que en Chile "existían dos mundos diferentes, con capacidades analíticas y responsabilidades públicas separadas",

⁴³ "Temas Económicos", *El Mercurio*, 11 de noviembre de 1978.

⁴⁴ "La semana política", *El Mercurio*, 25 de septiembre de 1977.

⁴⁵ Pablo Baraona: *Revista Ercilla* N° 2161, 5 de enero de 1977. Citado por Pilar Vergara, op. cit., p. 98.

⁴⁶ Sergio de Castro en *El Mercurio*, 15 de febrero de 1976. Citado por Pilar Vergara, op. cit., pp. 98-99.

⁴⁷ Pablo Baraona, *Qué Pasa*, 29 de junio al 5 de julio de 1978, p. 25.

⁴⁸ Alvaro Bardón, *Qué Pasa*, 31 de mayo al 6 de junio de 1979, p. 31.

⁴⁹ "Chile's Counter-Revolution. A survey", *The Economist*, 2 de febrero de 1980.

⁵⁰ "Temas Económicos", *El Mercurio*, 24 de julio de 1976. Citado en J. J. Brunner: *La cultura autoritaria en Chile*, op. cit., p. 70.

⁵¹ Alvaro Bardón, *Informe Géminis*, primer trimestre, 1978, p. 90. Citado en Pilar Vergara, op. cit., p. 132.

⁵² "Chile's Counter-Revolution. A survey", *The Economist*, 2 de febrero de 1980, p. 17.

uno era el mundo profesional de los economistas, "quienes poseían un arma metodológica abrumadora" el otro era el mundo representado por "las afirmaciones intelectuales inalfabizadas e improvisadas, emitidas por los gremios, por los líderes políticos y por (...) los líderes de la Iglesia" sumergidos en un mundo premoderno ajeno a la ciencia⁵³. La transformación de la sociedad no sólo exigía la interdicción política de este mundo no científico y premoderno, sino que también requería la prédica constructiva de los economistas profesionales acerca de las leyes fundamentales de la ciencia⁵⁴. A través de *El Mercurio* y del semanario *Qué Pasa* se efectuó una adopción sistemática en el estilo que se necesitaba para difundir un dogma. "Detrás de las posiciones de ODEPLAN se encuentra un pensamiento sobre distribución del ingreso basado en las enseñanzas de la ciencia económica"⁵⁵, dijo *El Mercurio* en uno de sus múltiples editoriales sobre el tema. Y con respecto a las negociaciones salariales limitadas que el gobierno fue forzado a aceptar en 1979, *Qué Pasa* tranquilizó a sus lectores arguyendo que "el modelo económico criollo" requería una alta y creciente dosis de libertad; agregaba "que dentro del frío razonamiento del economista, es tan imperioso el contar con un precio correcto en el mercado de capitales (la tasa de interés) y en el mercado de divisas (el tipo de cambio) como en el mercado laboral (las remuneraciones)"⁵⁶.

La intención fundamental era reemplazar a la política por la tecnología y a los políticos por los economistas. El objetivo no requería sólo de la entronización de un lenguaje tecnocrático como discurso gobernante o de la campaña de desprestigio sistemático en contra de los políticos a la que se abocaban la televisión y la prensa controlada por el régimen. Necesitaba también de un reordenamiento de la sociedad que privara a la política de su base de apoyo: la libre organización de los ciudadanos en su relación con el Estado. A eso apuntaron las "modernizaciones", las que en el marco establecido por el mer-

cado libre debían constituir las bases materiales y valorativas de la nueva sociedad autorregulada. Cada individuo debería resolver aisladamente en el mercado los problemas que antes enfrentaba colectivamente, a través de sus organizaciones. "Así, descargando al Estado de gran parte de las decisiones que determinan el futuro de las personas y favoreciendo la búsqueda individual de la promoción social, se promueve una fragmentación de los intereses que termina por restar toda significación a la política y, en general, a cualquier acción colectiva organizada."⁵⁷ "Ganando las conciencias de las personas", las modernizaciones se constituirían en la principal garantía de estabilidad que podía tener la sociedad que inauguraba el régimen autoritario. Desde este punto de vista, no bastaba con establecer el predominio de los economistas sobre las decisiones técnicas. Los juicios de valor, aunque eran efectuados por las autoridades políticas, tenían que ser "altamente técnicos y científicos". Debían ser implementados por los expertos y estar basados en criterios de eficiencia técnica. Por lo tanto, las prioridades tenían que ser establecidas por los expertos, quienes también determinarían la coherencia y la compatibilidad de las diferentes decisiones de evaluación⁵⁸. La construcción ideológica desarrollada por el grupo y por sus seguidores sostenía además que las decisiones concernientes exclusivamente a los deseos de los ciudadanos, debían ser decisiones "informadas". Los ciudadanos debían estar advertidos de las consecuencias de sus decisiones y nuevamente, la información necesaria tenía que ser brindada por los técnicos y por los expertos en la ciencia económica. Por lo tanto, la "ciencia" debía dominar absolutamente sobre y por encima de las "ideologías" y de las "peculiaridades individuales".

Los economistas estaban a la altura de la tarea. Las estructuras económicas y políticas se nutren las unas a las otras y la ciencia económica ha avanzado más que las demás ciencias sociales. "Esto explica el creciente interés de los economistas por los asuntos (políticos)", declaró Baraona, agregando que así como Adam Smith fue el último economista que podía ser considerado como moralista, los economistas actuales son los

⁵³ Emilio Sanfuentes, "Responsabilidad en el debate público", *Qué Pasa* N° 368.

⁵⁴ "Temas Económicos", *El Mercurio*, 17 de julio de 1976. Citado en J. J. Brunner, "La cultura autoritaria en Chile", op. cit., pp. 70-71.

⁵⁵ "Temas Económicos", *El Mercurio*, 13 de mayo de 1978. Citado en J. J. Brunner, *ibid.*, p. 70.

⁵⁶ "De la libertad económica a la libertad política", *Qué Pasa*, 4 al 10 de enero de 1979.

⁵⁷ Ver Pilar Vergara, op. cit., p. 225.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 132.

primeros que pueden ser considerados como políticos⁵⁹. Por lo tanto, los economistas estaban mejor dotados para establecer las condiciones que legitimaran las decisiones del régimen y para definir el proyecto "democrático" deseado. Piñera declaró que el gobierno estaba basado en dos formas de legitimidad: "la legitimidad salvadora, para liberarnos del comunismo y reconstruir el país (...) y la legitimidad revolucionaria (...) para realizar profundas transformaciones con la finalidad de que no se repita el ciclo que terminó con el marxismo (...) Como se sabe que estas reformas no se pueden hacer con el juego político tradicional, la mayoría de los ciudadanos entrega al gobierno su apoyo, para que éste (...) alcance estas metas"⁶⁰. La "nueva democracia" que crearía el régimen de Pinochet, tendría para Baraona los atributos siguientes:

"...debera ser autoritaria, en el sentido de que un conjunto de normas esenciales para la estabilidad del sistema no estén sujetas al proceso político, y nuestras instituciones armadas vigilan el cumplimiento de ellas; impersonal, en cuanto las normas se aplican igual para todos (...); libertaria, en el sentido de que el principio de subsidiariedad se considera clave para obtener el bien común general; técnica, en cuanto el sistema político no pueda decidir cuestiones técnicas, sino que deba limitarse a la cuestión valorativa, otorgando a la tecnocracia la responsabilidad de utilizar procedimientos lógicos para resolver problemas y ofrecer soluciones alternativas"⁶¹.

La utopía al alcance de la mano

El modelo económico neoliberal tuvo tres fases claramente diferenciadas: la recesión de 1975-76; el período de recuperación que terminó en 1980, y el período de entrada en vigencia del modelo en toda su extensión a partir de 1981 y su posterior crisis. Superado el período recesivo, el modelo adquirió para las clases dominantes chilenas y para la propaganda gubernamental las características de un éxito sin precedentes. La disminución de la inflación y las altas tasas de crecimiento medi-

das a partir de la caída producida en 1975 auguraron un saneamiento de la economía y un desarrollo estable y sostenido. La liberalización de la entrada de capitales estimuló a bancos y entidades financieras a endeudarse en el exterior. Los bancos prácticamente persiguieron al público en su afán por vender créditos. Los empresarios realizaron buenas ganancias aprovechando la generalizada tendencia al gasto privado mientras las clases medias parecieron satisfechas con el acceso a bienes sofisticados y al crédito fácil. Al mismo tiempo, al decretarse la fijación del tipo de cambio, los productos importados abarataron sus precios. El gobierno transmitió todas las señales para que productores y consumidores se endeudaran prácticamente sin límites y para que dispusieran de esa repentina riqueza gastando y consumiendo por sobre sus ingresos. El país contempló atónito el milagro de la inundación de bienes de consumo importados que parecía augurar, para quienes tenían acceso a ellos, un futuro de prosperidad sin precedentes en la historia del país. Por su parte, los trabajadores, a pesar del alto desempleo y de los bajos salarios, no pudieron sino contemplar con una mezcla de incredulidad y esperanza esta repentina prosperidad.

La prédica en favor de la economía del mercado y de la primacía de los técnicos en la administración de las decisiones públicas, penetró abundantemente en la derecha y los empresarios. El lenguaje técnico financiero se hizo de uso común; las clases acomodadas adoptaron una actitud de verdadera veneración hacia los economistas y se publicitaron tipos y roles sociales que identificaban a una nueva y audaz generación, diferente ante la política y dotada de los valores competitivos y del conocimiento de las leyes del mercado que caracterizaban, ahora sí, a un "hombre nuevo": el chileno moderno. Se predijo que en pocos años Chile sería como Bélgica, como Suiza.

La enajenación abarcó a varios millones de chilenos que participaron de la aparente prosperidad ausentes de la realidad represiva del régimen. Los desaparecimientos, el uso generalizado de la tortura, el encarcelamiento de dirigentes sindicales y políticos, el exilio de cerca de un millón de chilenos y la supresión e ilegalización de toda actividad política y de la crítica periodística, fueron denunciados como inexistentes o irrelevantes o percibidos como costos necesarios de las transformaciones económicas en curso. Para una mayoría de sus

⁵⁹ Pablo Baraona, *Qué Pasa*, 29 de junio al 5 de julio de 1978, p. 24.

⁶⁰ José Piñera E., *Qué Pasa* N° 454, 27 de diciembre de 1979.

⁶¹ Pablo Baraona, Dirección de Presupuesto (1978), p. 305, subrayado en el original. Citado en Pilar Vergara, op. cit., p. 156.

partidarios ellos constituyeron también un ajuste de cuentas con un pasado molesto y peligroso que insistía en levantarse como un obstáculo en contra de una realidad que parecía indesmentible: Chile había encontrado en la adhesión a los principios del mercado el antidoto en contra de la más ineficiente y peligrosa de las actividades: la política.

"El modelo económico de Chicago" y "la ideología de Chicago", más aun, el término "Chicago" propiamente dicho, adquirieron un significado preciso para la mayoría de los chilenos, se convirtieron en conceptos comúnmente usados. Según las distintas formas en que los chilenos veían al grupo, las imágenes de autoridad técnica o de abuso de poder, de modernidad o de dogmatismo cuasi religioso proyectado por los economistas, la naturaleza científica o el carácter ideológico y arbitrario de sus decisiones técnicas, se volvieron tan fuertes, o más, que la imagen proyectada por los militares. Chicago no fue, sin embargo, un calificativo adversario. La Universidad de Chicago fue la imagen elegida por la mayoría de estos economistas para reafirmar el prestigio científico del grupo, para enfatizar su homogeneidad y lo que un autor ha descrito como el "entrelazamiento de sus relaciones y de sus itinerarios personales". Chicago fue de este modo "la fuente alimentadora de un mito de autoidentificación"⁶². La siguiente descripción introductoria de una entrevista de prensa constituye un buen ejemplo de la actitud del grupo con respecto a la Universidad:

"(...) había de sus años en Chicago con verdadera inspiración, como si allí hubiera sellado un compromiso a muerte con la sociedad; como si allí se gestara un modelo que va mucho más allá de la economía y que da respuesta a una amplia gama de la existencia", dice el periodista⁶³.

Otro economista consultado sobre el principal atributo de Chicago, replica que se caracteriza por: "un respeto absoluto a la aplicación de la racionalidad y el empirismo, al estudio de las ciencias económicas y también a la recomendación de políticas económicas (...). Yo diría que lo que se está haciendo en Chile es tratar de aplicar esos principios del Departa-

mento de Economía de la Universidad de Chicago dentro de un contexto político muy concreto"⁶⁴.

Al mismo tiempo, la ideología importada se potenció por su expansión en otros países de condiciones económicas y políticas distintas a las chilenas. Los Chicago boys fueron presentados como la vanguardia "moderna" de una oleada monetarista y privatizadora que desmontó las funciones de regulación económica de los gobiernos, y reconstituyó la vieja utopía del mercado autorregulado que muchos creían definitivamente sepultado bajo los escombros de la gran crisis de 1929. Economistas en Inglaterra, Estados Unidos, y algunos países de la región latinoamericana miraron hacia Chile con admiración. En ninguna parte se aplicó la teoría neoclásica con más pureza y radicalismo que en Chile y, lo que es aun más importante, en ningún otro caso se tuvo la audacia de pretender hacer con ella la filosofía fundante de una nueva sociedad.

El efecto local que produjeron estos elogios fue muy significativo. Mientras que el régimen militar era mirado con desprecio en todo el mundo por violar los derechos humanos y por destruir las tradiciones democráticas de Chile, en muchas partes el modelo económico era elogiado como un experimento admirable y asombroso. Los economistas, los banqueros, los filósofos y los científicos políticos hasta llegaron a visitar Chile —un país que estaba aislado en todos los demás aspectos políticos y culturales— para hacer honor en persona a este experimento de libertad. Frederick von Hayek, Milton Friedman y Arnold Harberger fueron a Santiago en medio de una gran publicidad.

Von Hayek fue hecho presidente honorario del Centro de Estudios Públicos, dedicado a promover las creencias conservadoras; Friedman apareció en el canal de televisión gubernamental para dar una clase magistral. Harberger, un visitante frecuente, debatió una vez más con sus antiguos alumnos. Luego hubo una visita de Gordon Tullock, el representante principal de la llamada Escuela de Virginia o "escuela de la preferencia pública" en Ciencias Políticas⁶⁵ y uno de los primeros hués-

⁶⁴ Cita anónima en J. J. Brunner. (Entrevista L-107), *ibid.*, p. 84.

⁶⁵ El punto principal subrayado por el grupo de académicos incluidos en esta escuela de pensamiento es la transferencia de todas las actividades gubernamentales al sector privado. Ver Gordon Tullock, *Toward a Mathematics of Politics*, Ann Arbor The University of Michigan Press, 1967.

⁶² J. J. Brunner, *op. cit.*, p. 82.

⁶³ Cita anónima en J. J. Brunner. (Entrevista G-141), *ibid.*, p. 83.

pedes que visitó el Centro de Estudios Públicos. La ultra conservadora Societé Mont Pelerin decidió celebrar su convención anual de 1978 en Viña del Mar. Entre 1976 y 1980 hubo interminables elogios para el "modelo" en *El Mercurio* y en la televisión, por parte de banqueros, hombres de negocios extranjeros, periodistas conservadores, personal del gobierno de Estados Unidos y economistas monetaristas. Según una descripción de *Barrons*, una publicación conservadora estadounidense, las reformas de Chile "eran las modificaciones más importantes que se habían implementado en el mundo en desarrollo en épocas recientes". Chile era un modelo de racionalidad económica. "Los tratados económicos sostienen que ésta es la forma en que debería funcionar el mundo, pero es otro país el que lo está poniendo en práctica."⁶⁶

Las ideas contenidas en el modelo, al menos las puramente económicas, eran realmente coincidentes con los libros de texto de la economía ortodoxa liberal. Simultáneamente, diferían en forma radical de las ideas que habían prevalecido en Chile antes que la democracia fuera destruida el 11 de septiembre de 1973. Eran extrañas a la cultura política y a las ideologías que formaban parte del criterio común de la mayoría de los chilenos. También diferían de la ideología que había caracterizado a las clases capitalistas chilenas y a los sectores de la derecha tradicional hasta la administración de Allende. Estos conceptos nunca habían aparecido en los programas de desarrollo económico preparados por la mayoría de los partidos políticos poderosos, ni en las propuestas presentadas por los principales economistas de la derecha durante los treinta años anteriores a la Unidad Popular. Definitivamente, no representaban a los pensamientos de los militares respecto de la economía.

¿De dónde entonces provenían estas ideas? Como explica *Barrons*, provenían parcialmente de los libros de texto, tales como los que usaban en el Departamento de Economía de la Universidad Católica los economistas que habían estudiado en Chicago. Pero los libros de texto eran sólo un aspecto y en ningún caso el más importante de una transferencia cultural implementada por los profesores de la Universidad de Chi-

go en Estados Unidos y, posteriormente, por sus seguidores en Santiago durante un periodo de más de quince años.

Esta transferencia de ideas no fue una conspiración. Tampoco fue un proceso accidental sin intenciones definidas. Por el contrario, la transferencia fue implementada como parte de un plan deliberado para implantar conceptos previamente inexistentes en el "mercado ideológico" chileno, conceptos que, si aisladamente existieron, habían sido descartados como imprácticos. Y este plan deliberado procuraba, muy explícitamente, tener un impacto sobre los puntos de vista económicos y —potencialmente— influir en las decisiones gubernamentales respecto del curso de la economía. No obstante fue un proceso abierto y público en el cual los actores estaban advertidos de que encaraban acciones legítimas que ellos consideraban positivas y altamente valiosas para el desarrollo de Chile. Por lo tanto, aunque el emprendimiento fue un acto intencional y concertado, carecía de un elemento esencial para la conspiración: el secreto.

Al mismo tiempo, estos acuerdos formaron parte de una verdadera "misión". Reflejaron los esfuerzos de un grupo de profesores de Chicago para proteger a la verdadera ciencia de la economía, es decir, a la teoría ortodoxa neoclásica de lo que consideraban la ofensiva socializante del keynesianismo. En esa época, los grupos de la derecha chilena padecían de una profunda crisis hegemónica y la transmisión de esta "misión" a Chile proporcionó a los economistas chilenos adiestrados en Chicago, la fuerza que necesitaban los grupos que se sienten llamados a encarar destinos revolucionarios.

La transferencia ideológica podría haber quedado confinada al marco académico y relativamente marginal que la había caracterizado durante más de una década. Para que esta transferencia se convirtiera en un proyecto social, se requerían cambios muy profundos en la sociedad chilena. Los acontecimientos políticos e ideológicos que alteraron severamente el curso seguido por la sociedad durante el periodo previo, fueron así una condición necesaria. En otras palabras, se requería una crisis dentro del sistema político que convirtiera estas ideas —previamente imposibles de llevar a la práctica— en el proyecto revolucionario sostenido por un sector de la burguesía chilena.

⁶⁶ Citado en *El Mercurio*, Cuerpo D: "Por qué atacar la economía chilena", 6 de julio de 1987.